

Francisco Javier Irazoki (Lesaka, 1954) reunió en *Cielos segados* sus tres primeros libros de poesía; no obstante, para los lectores, debuta en el panorama con *Los hombres intermitentes* al que han seguido, también en Hiperión, *La nota rota*, *Retrato de un hilo* y este conjunto unitario de prosas breves que no dejan de ser poemas en prosa.

En la contracubierta, Fernando Aramburu, acaso su mejor lector, alude al “delicado dibujo de sus paisajes personales, combinando las notas de evocación, directamente autobiográficas, con esa especial destreza suya para la creación de imágenes y símbolos, con notable presencia de seres integrantes de su orquesta de afectos: familiares ya desaparecidos, artistas, tipos curiosos, personas que encarnan alguna suerte de valor estético o moral, o que por una u otra razón dejaron en el escritor, en el poeta, una lección de vida”.

Ya en el primer poema, digamos, “Visitantes”, Irazoki nos ofrece una definición certera de la poesía que es, además, una declaración de intenciones: “la poesía no es una delicadeza decorativa, sino una intensidad de la mirada que despierta a la conciencia”. Condensada en apenas tres líneas, una poética que es, asimismo, un tratado moral, aspecto inevitable de su escritura.

Pronto, la defensa de la luminosidad frente al hermetismo, de la alegría frente a la tristeza, de la gratitud frente al malditismo. Así, en “Portal 1”, donde en un tono reflexivo (propio del crítico que es) definiendo la manera de decir de un “modelo”: Eloy Sánchez Rosi-



Orquesta de desaparecidos

FRANCISCO JAVIER IRAZOKI. Hiperión. Madrid, 2015. 133 páginas. 12€ |

llo, que desde la lucidez resalta la existencia.

Veinte años lleva Irazoki en París y a su oficina portátil dedica “Portal 2”, a esa mesa larga de madera exótica con historia íntima que más que un mueble es una enseñanza. Los objetos, cabe precisar, son protagonistas fundamentales aquí: las tejas asesinas, los libros, la tabla rota, las escudillas de estaño.

Con un aire misterioso, que linda con lo mágico y hasta lo surrealista, donde las metáforas res-

piran con la debida naturalidad y no como artefactos literarios, donde la imaginación se abre paso con el adecuado sigilo y no con el alarde de la pirotecnia verbal, Irazoki construye para nosotros una casa habitable de la que nos sentimos de inmediato afortunados huéspedes. Nos muestra sus habitaciones. La del cine (de cuando Wells rueda en Lesaka *Campanadas de medianoche*), la del diccionario robado, la del calzado de su madre, la del equilibrio del padre, la del tío que en-

SIN GELDAS

DESPUÉS DE BALDEAR el suelo de nuestra historia, dispersaré las cenizas de la casa de mi padre. A puñados las arrojaré a los lindes de otras tierras.

Las cenizas llevarán adheridas nuestras palabras para el encuentro con los sonidos de identidades lejanas.

Desconociéndose, también los dolores se retirarán a unos hilos de polvo.

Ya no juzgaremos desde la superioridad irrisoria y nadie se lastimará con la alambrada de las leyendas.

Calcularemos, sí, cuánta grandeza extraviada cabía en los himnos.

Un fuerte viento mental va arrancando los jardines, postigos, vigas y escaleras de todas las patrias.

loqueció por amor, la del último verano de su hermana (“Me acompañó para que yo supiera estar solo”), las de su pequeño país y la de Madrid, las del citado Aramburu, Leopoldo M^a Panero, Pablo Antoñana y Ramiro Pinilla, la de los rusos: los Mandelstam y Ajmátova, la del alma, la conciencia, la piedad y otras virtudes laicas, la de los forasteros (“han construido lo mejor que transmito”), la de la muerte. Y, sobre todo, las de la música:

“las personas que se alejaron de mi vida forman la orquesta”. Sí, éste es un “edificio sonoro” sostenido por pilares que fundan “la casa sonora que soy”. Y ahí: Narayan, Parker, Desprez,

Machaut, Pérotin, Mozart, Awake, Traoré... Y ritmos callejeros (léase “Música incinerada”), jazz (Holiday, Monk), cantos selváticos y rurales. Y el ruiseñor (“Conciertos”).

Personas y cosas permiten a este “coleccionista de asombros” erigir, desde la memoria, una sólida morada de palabras fundada en la precisión, la lentitud, la claridad, la delicadeza, la emoción, la sugerencia y la sensibilidad. En la minuciosa elección del lenguaje, esmeradamente cincelado, según Aramburu (otro expatriado), donde se conjuga a la perfección el tono lírico con la veta narrativa.

Para uno, Irazoki evoca ese concepto vasco del hombre “de verdad”. Si algo rezuma *Orquesta de desaparecidos* es honestidad a raudales. Coherencia. Literaria y ética. Lección de alguien al que le gustaría que “sobre mi muerte se plantase el árbol de la discreción”. **ÁLVARO VALVERDE**

G Más poemas y entrevista con el autor en www.elcultural.es